



## La Guerra de Invierno

Ariadna G. García  
Hiperión. Madrid, 2013  
74 páginas. 10 euros

**POESÍA.** EN *LA GUERRA DE INVIERNO*, Ariadna G. García (Madrid, 1977) entrega el testimonio de un viaje a Finlandia, decorado real y trasunto metafórico de la Europa que surgió del frío. Dividido en tres partes y un epílogo, este libro condensa la identidad de un país y las huellas dactilares de la autora. En el primer apartado, los paisajes portuarios, los senderos remotos y los límites del idioma ofrecen una postal de la incertidumbre. Sin embargo, lejos de la pincelada costumbrista que glosa el nomadismo de los “españoles por el mundo”, aquí se aprecia la convergencia entre la memoria colectiva y el arrastre de la intimidad. No en vano, el relato amoroso esbozado en estas páginas se presenta como un mapa elocuente donde la “mirada es enigma, / una interrogación / que abre fronteras”. En la segunda sección, la densidad del poema en prosa sirve de soporte a un tapiz coral en el que los héroes y los traidores del pasado exponen su versión de la historia. Mientras que “La exploración (1883)” avanza hasta el cinturón helado de Groenlandia, las distintas viñetas de “La Guerra de Invierno (1939-1940)” rememoran la invasión de Finlandia por parte de la Unión Soviética, en los albores de la Segunda Guerra Mundial. Las proezas del francotirador Simo Häyhä, el monólogo del patinador Birger Wasenius y las secuencias de combate reflejan una crudeza no exenta de lirismo. Los cadáveres flotantes, que emergen de la superficie para mostrar “los horrores de la guerra”, entroncan con una poderosa imagen contenida en el *Kaputt* de Curzio Malaparte: la de los caballos hundidos en el Ladoga y cristalizados en su galope furioso. Finalmente, la tercera parte acoge la intemperie solidaria de dos amantes en el Círculo Polar. Ya cerca del regreso, los últimos textos se conciben como copos de sentido o haikus boreales sobre la relatividad de la existencia: “El espejo glació se ha derretido. / A lejos redobla / la intensa partitura de las aguas”. La conciencia compositiva, la riqueza de matices y la diversidad de registros de *La Guerra de Invierno* confirman a Ariadna G. García como una voz destacada en el panorama de la poesía española reciente. **Luis Bagué Quílez**



## No sé quién eres

Miguel Torres López de Uralde  
Palencia. Palencia, 2013  
202 páginas. 16,50 euros

**NARRATIVA.** A UNO LE GUSTA resaltar la importancia de esta novela fantástica (o de terror) que con brío y destreza ha escrito Miguel Torres López de Uralde (Málaga, 1966) impresionando al lector y realizando el género. Presenta la confrontación entre dos personajes antitéticos reunidos por azar (o puede que no, puede tratarse



Civiles camino del cuartel en busca de fusiles en Pamplona en julio de 1936. Foto: Roldán / Efe

# Las armas del tiempo

## El escarmiento

Miguel Sánchez-Ostiz  
Pamiela. Pamplona, 2013  
510 páginas. 25 euros

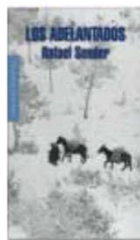
Por Javier Goñi

**NARRATIVA.** PIENSA MIGUEL Sánchez-Ostiz (Pamplona, 1950) que la amnesia colectiva es una eficaz arma del tiempo. Así se llamó, o se iba a llamar, *Las armas del tiempo*, un interesante proyecto narrativo, una suerte de “episodios nacionales” contemporáneos situados en esa zona fronteriza vasco-navarra-francesa, esa República del Bidasoa, que la soñó Baroja sin frailes, moscas y carabineros, aunque aquellos, aquellas y estos aparecen por doquier en esta desmesurada novela de Sánchez-Ostiz. Carabineros, o guardias civiles, el *miles gloriosus*, el espadón Emilio Mola, falangistas arremangados

hasta las axilas, requetés con escapularios a la manera de *detentebala*, y civiles, dispuestos todos ellos, estos y aquellos, a hacer un escarmiento, el escarmiento.

*Las armas del tiempo*, sí, fue un proyecto, truncado o no, no lo sé, dos, al menos, o tres novelas, episodios nacionales a este lado o al otro de la frontera, de la Comunidad Foral, Euskal Herria o la muga de Francia, episodios sin resolver, casos abiertos en carpeta de amnesias colectivas, cosas, quisquillosas, mejor, de la Transición, de aquellos polvos y lodos, como lo de Montejurra, un antes o un después, creo habérselo leído ahora en alguna de este medio millar de páginas apretadas, sin margen, sin respiro, imprescindibles tantas, tantas, prescindibles muchas, muchas, que así escribe Sánchez-Ostiz, volcánicamente, formando barullo, fascinando lectores, hipnotizándolos, e irritándolos, a tantos, a muchos, a algunos.

de una conspiración o ser el resultado de la acción del destino). El innominado narrador es un hombre solitario, ordenado y pulcro, de monótona y regular existencia, “materialista” según se insiste en el texto. El otro se llama Somoza, hombre de larga vida aventurera, fantasioso, caótico, adicto a drogas exóticas procedentes del Amazonas, creyente en maravillas. Se menciona a un personaje real, el del coronel Percy Harrison Fawcett, viajero infatigable por el gran río sudamericano (de él habla Jacinto Antón en el reciente libro misceláneo *Héroes, aventureros y cobardes*) como certificado de autenticidad ante la credibilidad de la narración. Málaga es otra garantía de veracidad, pero la acción se desvía hacia otros escenarios: el río Amazonas, una hospital o la propia mente del protagonista. El escenario inicial es muy propio de la novela y el cine de género, el gran ventanal desde el que se domina el cementerio, la figura de una mujer que todos los sábados recorre el cementerio desde la entrada hasta una lápida frente a la cual se detiene en actitud meditativa más de media hora (“enigmática y turbia Zoe”) y la declaración de que los acontecimientos que vamos a conocer cambiarán para siempre la vida del protagonista. Una narración perfecta, circular, una historia enrevesada que nos obliga a preguntarnos por qué es verdad y qué es mentira. Hay aventuras, enfrentamientos y peleas, peligro físico; pero también una ruta hacia el conocimiento de uno mismo, hacia el propio interior. Aquello que, finalmente, descubre el narrador es “un caudal de vida en medio de la muerte”. **Lluís Satorras**



## Los adelantados

Rafael Sender  
Mondadori. Barcelona, 2013  
160 páginas. 19,90 euros

**NARRATIVA.** VUELVE A LAS LIBRERÍAS Rafael Sender (Lleida, 1950) con una nueva novela. Se trata de *Los adelantados*. Hace años, recuerdo escribí una reseña sobre una de sus últimas novelas, *La vida irónica*. No me gustó, no me gustó el orgulloso estilo de su protagonista, como forjado para eludir la vida. Creo que me defraudó en la medida en que su anterior libro, *Tendrás oro y oro*, abría esperanzas de una narrativa distinta. Pero esto es el pasado. El presente es que la nueva novela de Rafael Sender es una severa, y no por ello menos melancólica, investigación sobre la memoria personal y la búsqueda del padre que no se tuvo (próximo, como padre). Lo fácil es decir que *Los adelantados* es una obra de iniciación, que lo es. Pero además esta novela es un ejercicio de introspección donde es capital saber quién se es y por qué. La novela se soporta sobre una voz en primera persona, la del

Episodios nacionales, sí, aquellos, de aquella República independiente del Bidasoa, con capital de gloria en Pamplona, su Umbría, a la que tantas páginas, tantas, le ha dedicado por tierra, mar o aire: novelas, *Las pirañas*, esa novela de Pamplona, a pesar de Pamplona o contra Pamplona, una de las muchas Pamplonas posibles, que lo de Ostiz es obsesión y vocación y dedicación; o diarios, aquel primero, un tomito negro, *La negra provincia de Flaubert*, el primer libro suyo que leí —fascinado: a mí MSO me fascina y me irrita: debo ser el tipo de lector medio de MSO, y cautivo: le dedico, convencido, mucho tiempo—; o aproximaciones a su ciudad natal o algunos de sus ilustres paisanos, el pintor Gustavo Maeztu, alavés como el hermano, pero con museo en Estella, cárcel durante la guerra, y pinturas en iglesias y monumentos a caídos por Dios y por España en Umbría, o Pablo de Antoñana ese pedazo de escritor que no se lo merecen en la Comunidad Foral, o el falangista Ángel María Pascual, y otros.

*El escarmiento*, medio millar de páginas volcánicas, primera parte de lo que tendrá continuidad —para cuándo: yo querría seguir ya— en *El botín*, trata de aquellos días, primero sanfermineros, luego teñidos de rojo, pueblo a pueblo, lista a lista, los de julio de 1936, y todos los de agosto, hasta la caída de Irún, primeros días de septiembre de 1936, trata, sí, del escarmiento que organizó, con mano de hierro, el general Emilio Mola. Y está escrita, a la manera de MSO, con ese estilo vibrante, volcánico, sí (una y otra vez repetir la imagen, no hay nada mejor que lo defina, su estilo), que hace avanzar la narración por acumulación de datos, de documentos, de papeles aquí y allá hallados, hilachos, jirones de lo oído —confiesa— toda su vida, desde niño. Pamplona, Navarra no fue —como se creía— la Covadonga de la Nueva España, no se sumó como un solo hombre al Alzamiento. Hubo mucha sangre derramada. El escarmiento fue tremendo, y MSO acertadamente desmelenado lo ha contado. La lectura resulta fascinante, incluso irritante. Sin contradicción. ●

protagonista que narra desde su aproximada vejez, convocando en su recapitulación a su familia (gente de orden, con algunas entrañables y decisivas ovejas negras), los hombres y mujeres del pueblo donde veraneaba, todo ello en los años de la posguerra franquista. Hay que ver en la hechura moral y psicológica de sus personajes, el sentido de esta novela. En el padre casi desconocido para el narrador, en los lugareños, imprevisibles, excéntricos, casi atemporales en su condición de prototipos a los que se puede querer y odiar a la vez, en el tío Carlos que se resiste a morir, en el eterno pretendiente de la madre, toda una galería de seres esenciales en la configuración vital del niño. Sender no se ha limitado a hilar recuerdos tras recuerdos y ponerlos en boca del narrador. Cada hecho recordado es un cabo que atar a otro y así hasta que por fin descubre quién es, qué esperaba de la vida y qué vida tiene en las manos, mientras se aproxima a la nada. En la conclusión final de *Los adelantados* hay un cabo que no se ha podido atar a ningún otro: el padre. Eslabón en la existencia del narrador —en su niñez y en su adultez— que persiste en su enigmática ambigüedad, en su estar y no estar, en su tan probable bondad como en su indemostrable pero comentada maldad. La casi inexistencia de ese padre ha marcado la vida del protagonista. Su relato es una manera de recuperarlo para su olvido definitivo. Atrás queda el pueblo y sus gentes que la ciudad de la madurez no ha podido nunca borrar. Rafael Sender ha escrito una espléndida novela sobre la orgullosa aceptación de ser como se es. Y un relato conmovedor sobre la felicidad que alguna vez se tuvo al alcance de la mano. **J. Ernesto Ayala-Dip**